

Juan Malpartida
Esta piedra es tu lengua



Vaso Roto / Ediciones

O Rocky Voice

W. B. YEATS: «Man and the echo»

*El hombre que mira el mar,
y lo mira largamente,
salta el dique de su frente
y se oye, azul, respirar.*

ORLANDO GONZÁLEZ ESTEVA: «El hombre que mira el mar»

*En el oído del arrecife, en el interior líquido de la roca, hacia
nadie todavía, esta materia que fluye, calor y tiempo de lo invisible
por el rostro remoto de la noche.*

J. M.: *Río que vuelve*

SIRGA

Sirga

I

Todo el secreto reside en el ligero espesor del presente. Ni la latitud ni el viento nos orienta, pero esta resina que irrumpe en la hora se agrega a la memoria y algo quiere de mi ignorancia.

II

Y entonces tú caminas por la casa. Que no tiene puertas ni ventanas; no es tuya ni es de nadie. La casa labrada a orillas de las negaciones. Caminas en círculos mientras la tarde apresura sus sombras.

No habrá más tiempo, esta piedra es tu lengua.

III

Un manojo de zanahorias pequeñas, una cabeza grande de ajos, pimientos verdes y cebollas, una hoja de laurel, una punta de chile y carne roja cortada en tacos. No faltará un buen tinto para este guiso. Y sin embargo, para el poema todo es ausencia.

IV

En el Ser no has encontrado el fundamento, la piedra firme que el rotar de los días convierte en cifra inexpugnable. Tu raíz es de aire, una ligera inclinación sobre el tiempo, esta inquietud insondable e insensata que persevera. Su sombra pródiga toca los sentidos, afirma desde la piel el universo.

Queda estar erguido, el orgullo de ser, no contra algo, tampoco es el aliento de lo sublime, perla de Narciso, sino el testimonio de que morir es tan sólo el espejo de la vida, no su vaciado.

VI

Lo que refleja el paso del río, la ventana que se abre o se cierra, también observa –¿desde cuándo?– un mundo que llamamos interior, teatro impalpable. La vastedad del cosmos y esta conciencia insomne, vigía inadvertida. El balanceo trágico entre dos realidades y el instante que se curva bajo la insospechada gravitación de una palabra.

VII

Frente al ruido de la calle ha brotado en el balcón una diminuta rosa. ¿Por qué? ¿Para qué? Está ahí y en este momento la estoy mirando y siento el grado absoluto que la mirada instauro, la flor, quien la mira, y el aire inesperado que pasa.

VIII

Ni desdice ni contradice ni maldice. No le otorgues dones misteriosos: no hay muerte, sólo el acto de morir, y no tocará un acento de todo lo que fue bueno; no le entregues ni uno solo de tus instantes.

IX

Palpar el hueco que forja la espera.
Observar la presencia de todo lo que falta,
el olvido preciso que consienten las palabras.
Atender a los cuerpos cotidianos,
el ritmo desigual de las pasiones,
sostenida la voz por la conciencia
de la frágil materia de tus límites.
No agitar la nostalgia.
Y luego conversar a fuego lento,
trazando un horizonte que se desvanece.

No te dará futuro ni salvará tu hacienda,
sin embargo, esta loca tarea de contrarios
no envilece los días ni alarga las noches,
y es un buen caldo para cualquier guiso.

(En papel de estraza)

Quien no abandona al escribir –ese acto violento de la fijeza– la oscilante duna del habla; quien en el trascurso de los años sigue fiel a la loca palabra de la infancia.